



EL CAPITAN CARGO

Al finalizar la pasada guerra civil, en cuya fratricida campaña sirvió á las órdenes de no sé qué general, llegó á ver lucir en la bocamanga de su levita, los galones y estrellas de comandante en premio de sus relevantes dotes de militar esforzado y aguerrido.

Sirvió en el arma de caballería y tomó el retiro, poco después de terminada la guerra, cansado de viajar por orden del gobierno, que sin tón ni són le hizo recorrer casi toda la península.

Al comenzar la susodicha campaña era capitán, y capitán siguió siendo durante toda la guerra, muy á pesar suyo y murmurando siempre de que sus buenos servicios no fueran debidamente recompensados.

La verdad es que sobrada razón tenía para estar disgustado, porque nadie tan digno de premio

como él que dormía con el pie en el estribo, dispuesto siempre á la lucha, infatigable en la pelea, irresistible en el ataque, en donde con serenidad imperturbable, con intrépido arrojo, con valor heroico, salvó cien veces la vida sembrando en torno la desolación, el espanto, la muerte, pues al terrible empuje de su caballo y al formidable golpe de su afilado sable, caían los enemigos como heridos por el rayo, sin lanzar un ¡ay!, sin murmurar una queja, sin exhalar un suspiro.

Terminada la acción, el capitán esperaba inútilmente la soñada recompensa ó el deseado ascenso, y su disgusto crecía y aumentaba su descontento; pero en cuanto se presentaba otra ocasión, en cuanto nuevas descargas llegaban á sus oídos y el viento de la sierra le traía entre sus ráfagas el olor de la pólvora, olvidando su descontento y su disgusto, y tal vez en espera de mejor fortuna, corría al encuentro de su jefe, y sin saludar casi, con ronca voz y mirada centelleante, exclamaba:

—Mi coronel, ¿cargó?

Como esta pregunta se repetía casi diariamente, se supo al fin y divulgada fué por todo el ejército, y como nunca falta un camarada alegre ó un enemigo oculto que á nuestra costa reir quiera, ó que en hacernos daño se goce, aquel apodo fué la



chacota de todos, hasta que, advertido el capitán, sentó la mano á más de cuatro atrevidos á quienes quitó las ganas de volver á zaherirle ó mortificarle.

Con tan duros y repetidos escarmientos consiguió el capitán que se le respetara y aun se le temiera; pero no pudo conseguir que todos á una, en silencio, en la sombra y cuando él no podía verles y oírles sigieran apellidándole *El capitán Cargo*, y así se le conocía y se le designaba en todas partes.

El capitán Cargo, pues, era un acabado y perfecto tipo del militar español, de aquellos antiguos soldados fuertes, robustos, tostados por el sol y por el viento curtidos. Alto, derecho, huesoso, de recia musculatura, todo nervio y fibra, se adivinaba en él al hombre resistente, de fiero empuje, de golpe irresistible; pero yo, que le he tratado con alguna intimidad y bastante tiempo, sé por experiencia propia que su carácter es bueno, aunque algunos digan y afirmen lo contrario, y que son nobles y elevados sus sentimientos por más que á veces pareciera brusco é intratable.

Verdad que su cara es, como suele decirse, de pocos amigos; pero algo hay que conceder al hombre que se ha pasado á caballo y entre el humo de la pólvora lo mejor de su vida; y aun más cuando se sabe que este hombre es bueno hasta la exageración, tolerante hasta lo inverosímil, y manso y sumiso como corderillo inocente ó perrito enfadado; y es que al correr del tiempo, que no en balde pasa, parece que el carácter más fuerte se temple, palidece y se apaga, que el espíritu más agitado se desgasta y se anula, y que los nervios, antes siempre exaltados y en tensión continua, se relajan, se aflojan con flojedad dulce y tranquila, con dulzura de mieles y con tranquilidad de muerte.

Esto mismo sucedióle al hombre que nos ocupa cuando se decidió á tomar el retiro.

Al salir del cuartel dejó en el cuarto de estandartes cuanto había sido y cuanto era.

Al entrar en su casa, *para siempre*, transformado quedó en otro hombre completamente distinto.

Antes, en el cuartel, en las cuadras, gritos, imprecaciones, juramentos, blasfemias: por la más insignificante falta, chillería; y arresto; por el más ínfimo descuido, arresto y chillería, cuando el descuido ó la falta no eran de aquellos que se pagaban con un revés soberbio de aquella mano dura y callosa, ó con un golpe de aquel puño anguloso y macizo que hacía hundir un hombre ó vacilar una cabeza atontada al caer formidable y pesado como terrible maza de hierro.

Después, en su casa... ¡oh! en su casa, nada de gritos, ni de juramentos, ni de puñetazos; nada de nada, en fin: el hombre de mal genio se había quedado allá en el cuartel, convirtiéndose en padre amante, en marido complaciente y bondadoso, sin más voluntad, ni más deseos, ni más caprichos que los de su mujer y los de sus hijas, que le llevaban y traían á su antojo sin réplica y sin protesta.

¡Debilidades incomprensibles!

—Mire usted, —me decía una noche en el casino con ingenuidad de niño;— cuando yo era joven, ese oficial que vé usted bailando de ese modo, estaría en el cuartel á estas horas y arrestado sin que le valiera la caridad.

—¿Aunque ese oficial,—contesté yo sonriendo,—fuera el novio de su hija de usted?

—Entonces,—replicó, bajando la voz y con medroso acento,—me retracto.

Y acercando sus labios á mi oído cuanto humanamente pudo, murmuró:

—Porque mi hija me armaría un escándalo y no tendría más remedio que hacer, tarde ó temprano, lo que ella quisiera.

Este era el hombre de hoy, aun cuando el hombre de ayer se manifestara algunas veces todavía amenazador y terrible, pero sin ulteriores consecuencias afortunadamente.

De ello nos dió muestra fehaciente cierto día en que habiendo sabido que un fuerte ataque de reuma le impedía salir á la calle, fuimos á verle á su casa unos cuantos amigos.

Nos hizo pasar á su despacho; nos recibió con una cordialidad y una alegría que ninguno esperaba, y agradeció lo indecible aquellas muestras de amistad y de cariño, que, para él, implicaba el que nos hubiéramos acordado de su forzosa reclusión y de su inaguantable dolencia.

Entre cumplido y cumplido, entre broma y broma y entre risa y risa, transcurrido había apenas un cuarto de hora de nuestra llegada, cuando se abrió de repente y con verdadero estrépito la puerta del despacho y entró por ella corriendo y saltando un niño chiquito, rubio y hermoso como un querubín, vestido de soldado.

Sin reparar en nosotros, llegó el niño junto al enfermo, y cuadrándose todo lo militarmente que le fué posible, exclamó con su media lengua encantadora:

—Abuelo; ya están las tropas dispuestas para la batalla.

—¿Y á quién esperas, monín?—dijo no sé quien de nosotros sonriendo.

—¡Al capitán Cargo!—contestó el niño, sin inmutarse y de la manera más cándida y graciosa del mundo.

Una fuerte é irresistible contracción abrió nuestros labios próximos á soltar la carcajada; pero nuestra risa expiró instantáneamente en la garganta al ver la fiera y terrible mirada avasalladora con que nos envió y abarcaba aquel pobre hombre, mientras el asustado niño, inmóvil y de pie, nos contemplaba absorto, pugnando por contener las lágrimas que se asomaban á sus ojos.

—Tú eres el único en el mundo que ha podido decirme eso impunemente,—murmuró por fin el pobre abuelo, apartando de nosotros su terrible mirada.

Y, alargando los temblorosos brazos, agarró al pequeñuelo, lo sentó en sus rodillas, lo estrechó fuertemente contra su corazón y depositó un tierno y apasionado beso en aquella boquita de querube que acababa de lanzarle al rostro tan terrible insulto.



PEDRO BONET ALCANTARILLA



J. Gallages. EL CANTADOR

EL ENTIERRO DE ZOLA

La ceremonia de trasladar los restos del gran escritor y del valeroso campeón de la Justicia al cementerio de Montmartre, tuvo efecto el domingo 5 del corriente, habiendo asistido al acto centenares de miles de amigos y admiradores de Zola. Pocas veces se habrán presenciado funerales tan espléndidos.



EL CORTEJO SALIENDO DE LA CASA MORTUORIA

vista del ejemplo que había dado convirtiéndose en defensor de la Verdad contra la imposición, y estaba en su terreno el hacerlo así, pues no era precisamente gran partidario de Zola como novelista, y aun recordamos el enfado de *Clarín* contra M. France por la crítica que hizo este de *La Terre*, aparte de haber revuelto Zola contra su censor, de la manera que él solía hacerlo. La comunidad de sentimientos respecto a la cuestión Dreyfus los acercó y borró las antiguas diferencias.]

Tributó los honores debidos a Zola como oficial de la Legión de Honor un destacamento del 28.º de línea, al mando de un capitán, y cuidó del orden el prefecto de policía, M. Lépine.

El número de coronas era tan crecido que



HONORES MILITARES

no tuviera defectos, como los tuvo el mismo Homero. Su laboriosidad fué asombrosa, y su influencia solo es comparable a la que ejercieran Chateaubriand, Víctor Hugo y Damas.

Sostenían las gasas del coche fúnebre M. Chaumié, ministro de Instrucción Pública; Abel Hermant, presidente de la Sociedad de escritores; Ludovico Halevy, presidente de la Sociedad de autores dramáticos, el editor Jorge Charpentier, Octavio Mirbeau, Bruneau (autor de la música de *El Ataque del Molino* y de *El Sueño*), el editor Fasquelle, y Briat, secretario general de la Bolsa del Trabajo.

Pronunciaron discursos en el cementerio Chaumié, Hermant y Anatolio France, cuya oración fué admirable, como no podía menos de ser. El primer literato de Francia habló de Zola desde el punto de



LOS AMIGOS DE ZOLA

faeron menester tres carretelas para conducirlos. El excapitán Dreyfus, que asistió al entierro, confundido entre la muchedumbre envió un ramo de flores con esta inscripción: «Alfredo Dreyfus a Zola». Entre los militares veíase al general Percin, tenientes coronel Picquart y Harman, ayudantes Billiard y Villetard, capitán Targe, general segundo jefe de la escuela de Fontainebleau, etc.

Trátase ahora de elevar un monumento al autor de *Germinal*, habiendo tomado la iniciativa la Liga de los Derechos del Hombre; la cantidad recaudada asciende ya a una crecida suma.

Con Zola desaparece uno de los escritores más grandes que haya habido en el mundo, sin que por eso pretendamos que

LO QUE ESTÁ DE DIOS...



El tío Antonio, alcalde de Albadalejo; D. Ruperto, juez municipal; Pablo Pérez, por mal nombre «Sabandija», el secretario del Municipio; Tortolilla, el alguacil; D. Nicéforo Esparraguera, tipo indefinible, y su mujer, D.^a Amelia, estaban de sobremesa preajazzando la fiesta del siguiente día, que era la del lugar.

—Otro trago, D. Ruperto,—decía el alcalde.—Los santos se conocen por la víspera y ogaño va á ser soná la junción de nuestro pueblo.

Sabandija llenó por décima vez los vasos.

—¡A la salud del señor alcalde!—gritó levantando el suyo Tortolilla.

Bebieron todos hasta apurar la última gota.

—¡Ay! ¡Ay!—gritó D. Nicéforo.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntaron los comensales.

—¡Por vida de...!—contestó encarándose con D.^a Amelia.—¡Qué no has de tener las manos quietas!

—Pero ¿qué ha pasado?—interrogó el tío Antonio.

—Que esta mujer no pierda la maldita costumbre de pellizcar.

—¡Porque no quiero que bebas tanto!

—¡Pues beberé lo que me apetezca!

—¡Y yo pellizcaré donde pueda!

—¡Amelia!

—¡Nicéforo!

—¡Haiga paz,—dijo el alcalde.—Un día es un día, y si á D. Nicéforo le gusta empinar el codo nunca mejor ocasión que esta.

—¡Caball!—murmuró Sabandija llenando nuevamente los vasos.

—¡A la salud del juez!—agregó Tortolilla.

—¡A su salud!

—¡Así revientes!—dijo D.^a Amelia á su esposo cuando terminó de beber.

—¡Amén!—contestó D. Nicéforo limpiándose el mosto que se le había pegado á los labios.

—¡Vaya, señores!—exclamó D. Ruperto.—La velada se prolonga y es preciso estar bien descansados para la fiesta de mañana. Bebamos todos á la salud de los presentes y cada mochnelo á su olivo.

—Eso de mochnelo ya sé por quien va,—dijo Sabandija mientras llenaba otra vez los vasos.

—Por ti, Amelia,—agregó D. Nicéforo.

Rieron todos la ocurrencia, volvieron á beber y cambiados los saludos de costumbre se despidieron hasta el nuevo día.

Cuando llegó á su casa el matrimonio se armó el belén número uno.

—¡Siempre te distinguirás por borracho!—decía D.^a Amelia.

—Mejor; estará de Dios que lo sea.

—Y acabarás por arruinarte con ese vicio.

—Será lo que Dios quiera, mujer; no le han de enmendar la plana al Verbo.

—Pero á ti sí, á te romperé una costilla.

—¡Amelia!

—¡Nicéforo!

—No hay quien pueda aguantarte dos minutos!
 —¡Pues me aguantarás un siglo!
 —¡Antes la Unión y el nicho lúgubre! —y D. Nicéforo, cogiendo su sombrero, se marchó a la calle bajo la lluvia de insultos y denuetos que le dirigía D.^a Amelia.
 Se encaminó al Casico y allí se encontró con Sabandija y Tortolilla.
 Daró la juega hasta el amanecer.
 —Ahora, —decía D. Nicéforo saliendo del Casino; —debemos ir a lidiar el toro del aguardiente.
 —Aun es pronto, —observó Tortolilla.
 —Están en el corral, —añadió Sabandija.
 —Vamos allá, —dijo resacalemente Esparraguera. —Vais a ver un tío toreando. ¡Ni el B^{mbita} Chico!

Los tres borrachos se dirigieron al sitio donde los novillos estaban encerrados.

D. Nicéforo abrió la puerta del corral y los moruchos salieron en son de guerra.

El primero que se lanzó a la calle era un colmenareño retinto.

Le citó Esparraguera, que tuvo la fortuna de caer al suelo cuando el morucho le tiró el derrote.

Peor afortunado Sabandija, quedó sin sentido en tierra después de ser encunado y volteado.

Otro de los colmenareños enganchó a Tortolilla, dejándole todo el cuerpo magallado.

Libres los toros, recorrieron el pueblo acometiendo a los vecinos que huían espantados.

Hubo sustos, carreras, desmayos y cogidas, ninguna grave por que los bichos estaban embolados.

Cuando los vaqueros lograron aprisionar las reses, Albadalejo entero se amotinó al grito de ¡Muera D. Nicéforo! Este, viendo la cosa mal parada, reunió el dinero que pudo y emigró a Suiza.

Le formaron causa como criminal y le embargaron sus bienes para el pago de indemnizaciones.

La mujer de Esparraguera marchó a Berna siguiendo a su marido.

Al encontrarse los esposos nuevamente se estrecharon llorando su infortunio.

—¡Ya te lo decía yo! —exclamaba gimiendo D.^a Amelia. —¡Ese vicio tuyo habrá de causar nuestra ruina!

—¡No me culpes, mujer! —respondía Esparraguera. —¡Lo que está de Dios, ello ha de ser!

—Lo que estaba de Dios es que teníamos una fortuna, para vivir, y ahora nos moriremos de hambre.

—¡No has de encomendar la plana al Verbo!

—¡El Verbo!... ¡El Verbo!... ¡El verbo ayunar es el que conjugaremos a diario!

Pasaron días y con ellos se fué el poco dinero de los dos esposos. Una tarde volvió muy alegre D. Nicéforo.

—¡Somos felices! —dijo a su mujer abrazándola.



—¿Tú has tocado la lotería?

—No; aquí no hay loterías.

—Entonces...

—Me han empleado en la casa de los osos, con tres francos diarios.

—Pero ¿en qué concepto?

—En el de oso honorario.

—¿Tú has vuelto loco?

—¡Qué! Se ha muerto el oso *Krook*, el más manso y mejor domesticado de los de Berna.

—Bien ¿y qué?

—Que el dueño de la casa de fieras no quiere que se sepa esa muerte: porque el oso *Krook*, era el predilecto del público, y muchos extranjeros venían a verle por haber oído celebrar su inteligencia y mansedumbre.

—¡No entiendo todavía!

—¡Qué torpeza! En adelante sustituiré a *Krook*, pues metido en un pellejo, haré cuantas monadas pida el público.

—¡Nícéforo!

—¡Estaría de Dios, mujer! No tengo más remedio que convertirme en oso para que no nos muramos de hambre.

Se hizo la sustitución, y poco a poco se fué acostumbrando D.^a Amelia a ver a su marido transformado en *Krook*.

Los osos de Berna son célebres en toda Europa.

Cuantos van a visitarlos los agasajan con chucherías y proporcionan pingües beneficios al empresario.

El falso *Krook* desempeñaba su papel a maravilla masticando las nueces, engulléndose las naranjas y paseando del brazo del domador.

Muchas veces, el público, le vió asomar la garras entre la reja y acariciar a una señora que estaba allí constantemente.

La farsa terminó de una manera inesperada y cómica.

Paul Bron, excéntrico millonario americano, al morir, tuvo la ocurrencia de legar sus bienes a los osos de Berna, mejorando notablemente al llamado *Krook*.

Varios señores, que hallábanse visitando la casa de los osos, comentaban en alta voz el testamento de Paul Bron. Su admiración no tuvo límites al ver a *Krook* descorrer el cerrojo de su jaula y dirigirse a ellos gritando: ¡Viva el millonario! ¡Vivaaa!

El público, aterrorizado, huyó a la desbandada.

La confusión que se produjo fué espantosa; la gente corría en todas direcciones atropellándose por ganar antes la salida del establecimiento.

El oso *Krook* saltaba como un loco.

Al acudir los gendarmes abrazaba estrechamente a una mujer.

Un grupo de soldados desenvainó los sables para acometerle, pero la señora empezó a gritar: —¡No le matéis! ¡Es mi marido!

En un momento se juntó allí toda la policía de Berna.

El oso *Krook* fué conducido sin resistencia alguna a la prefectura del distrito donde prestó declaración.

Restablecida la tranquilidad, el Consejo de Estado acordó ponerle en posesión de sus bienes.

D.^a Amelia parecía enloquecer de contento.

—¿Lo ves, mujer?—decía D. Nícéforo.—¡Si lo que está de Dios a la mano se vuelve!

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Pero júrame que no «te has de sentir to rero» en la vida.

—¡Te lo juro! Para mí, el *Bombita Chico* ha muerto.



Del sol a los postreros resplandores,
desalentado, y triste y sin ventura,
cruza Adán por la árida llanura,
devorando en silencio sus dolores.

Al pasar los alegres risueños
se acuerda de su Edén con amargura,
y piensa sin cesar en su hermosura

y en sus tranquilas fuentes y en sus flores.
Eva, que mira su penar doliente,
le acompaña a llorar dando un gemido,
y amorosa le mira tristemente.
El, entonces, la estrecha conmovido,
estampa un beso en su serena frente,
y hasta se olvida de su Edén perdido.

JOSÉ ROSAS



Llegó por fin el tiempo ansiado por el labrador. Tras largos afanes y zozobras han alcanzado su sazón las uvas; no heló los tiernos brotes el frío cruel, ni tronchó sus tallos el pedrisco, ni «el agua por San Juan que no dá vino y quita pan» perjudicó su crecimiento; ni las fieras plagas, la filoxera y el mildiú, secaron las fuentes de su vida. Adornada de pámpanos, colgando de sus sarmientos en colosales racimos, la preciosa fruta muestra espléndida sus granos de oro ó de amatista, de pálida esmeralda ó de negro azabache, y ya se aprestan á arrancarla de la robusta cepa las manos diligentes de las vendimiadoras, renovándose en las viñas de hogaño las visiones de las bacantes de la antigüedad.

Apréstanse los cuévanos, prepáranse los lagares, y el campo bulle en genticio que esparcido por entra las verdes vides semeja un ejército que entra á saco los vergeles de Dionisos. De aquellos racimos, estrujados y despanzarrados saldrá el mosto embriagador, que conteniendo en sí todo el fuego del ardiente sol del estío introducirá en los cuerpos la energía y el calor necesarios para la lucha por la vida.

¡Ha llegado por fin el ansiado tiempo! Bajo el cielo melancólico del otoño renuévase la escena que vieron ya los hombres de las primeras edades; baña los rostros el regocijo del que vé colmados los deseos durante un año entero acariciados; lo que fuera diminuto glóbulo se ¡ha convertido en lozano racimo, como cuajado nectar encerrado en películas de transparente seda, y dentro se halla el zumo consolador de las tristezas, premio del trabajo, aliento del necesitado de fuerzas. Sacerdotisas de la Naturaleza las vendimiadoras ejercen su ministerio con la majestad de oficiantes de un culto; elévanse al cielo cantiones de alegría, moduladas con el ritmo de las melodías que resonaran en los templos helénicos, y semejando las teorías que discurrían por las campiñas jóvenes del Peloponeso y la Campania saltan y corren las vendimiadoras en alocada farandola, agitando los tiros y los racimos, mientras rechinan las ruedas de los carros cargados de la preciosa fruta.

Rico es el botín; apresurémonos á recogerlos antes de que venga á helarlo el cierzo. Resnenen los cánticos de la vendimia y opérese en la misteriosa lobreguez del lagar la mágica transformación de las uvas en licor hirviente.—A. O.





AMOR MARÍTIMO

A LOLA... X.

En alta mar engendrado,
nuestro cariño quedó
con agua y sal bautizado.
¡Por eso fué tan salado
lo que después nos pasó!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 42.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

GOTAS

He de hacer constar, morena, que al saber tu falsedad no sentí la menor pena. ¡Tengo una madre muy buena que me quiere de verdad!

Un azar me parece más pobre que el que carece de todo desde que nace; que aunque su fortuna crece con nada se satisface.

Como la lumbre extinguida queda, si falta la leña, así quedará mi vida si vieses desvanecida la esperanza con que sueña.

M. PÉREZ SERRANO

Hubo un hombre incomparable que fué el gran general Prim; y hay un solo callejón que es el de LADIVONSIM.

TARJETA ANAGRAMA

Leopoldo Luis Prim

Poitier, tres

SALAMANCA

Combinando las letras de la precedente anagrama, se formarán los nombres y apellidos de tres tipos que hoy gozan de gran fama.

F. MACIAS

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

á los pasatiempos del número anterior

Intercalación de fragmentos.—

Dividiendo las letras como sigue:

EMP-DJ-V-DDSOICH-P-R-AEL

y colocando los fragmentos se verá que resulta:

(S) EMP (RE) DEJ (ALA) V (EN TU RA UNA

1 2 3 4 5

PUERTA ABIERTA ALAS DES DE CH (AS) P

6 7 8 9

(ARA) DA R (RE MEDIO) Á EL (LAS).

(Siempre deja la ventura una puerta abierta á las desdichas para dar remedio á ellas.)

AFORISMO, por Novejarque

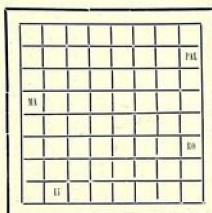
**SIN
TRA**

ACCHDEFGHIJKL
LLMNNOPQRRRS
TUVWXYZ



1010

Rompecabezas.—



Descomponiéndolo en los dos trozos que demuestra el precedente diagrama se verá que se puede leer con las cuatro sílabas que quedan:

PALMAROLI

Si impunemente en Rodhesia, se hace abuso de la col, es gracias á la Magnesita de la marca SAN IMOL.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. O.—Madrid.—Hay que cuidar mucho más la forma, y sobre todo, no despreciar la ortografía.

L. P. M.—Habana.—No es preciso ser ningún Salomón para fallar el pleito. Las dos son hermosísimas, *magner* que larguitas y me cabrá el mayor placer en publicirlas oportunamente. En cuanto á las *Postales* no tendrían interés en esta Península é islas adyacentes.

F. R. G.—Valencia.—Me cabe verdadera satisfacción al decirle que el cuento es muy bonito é irá.

A. B. S.—Jativa.—El cuento peca de excesivamente romántico, género que ha dejado de privar.

F. M. L.—Valencia.—Corriente. Ya saldrá todo, pero no es posible publicarlo todo con la rapidez que todos desearíamos.

R. M. H.—Madrid.—La poesía es insignificante: un romance en d para un asunto que no tiene nada de particular.

F. P.—Cofrentes.—Irán las octavillas. P. M.—Irá la tarjeta.

A. E.—Madrid.—El cuento adolece de estar basado en una ilusión óptica, lo cual es muy poca base, sobre todo no curriendo nada de particular después.

F. R. de S.—Irá el artículo. Ya le envié los números.

F. F.—Albacete.—Idem. los trabajos que ha enviado últimamente.

Clarinete.—Madrid.—No he recibido la carta á que se refiere, pues hubiera contestado á ella, como á todas. La charada se sale de la regla, pues la solución son dos palabras y no una sola. El soneto revela un loable deseo de salirse de las consecuencias fáciles, pero ado lece de algunos defectos.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA». PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

COSTA DE LOS SOMALIS



JINETE INDÍGENA